

Meditación – Pasión de Cristo

GETSEMANÍ [290] [200-205]

En esta meditación que vamos a hacer ahora, o contemplación, vamos a comenzar con la Tercera Semana de los ejercicios, que es la semana que corresponde a la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Buscando San Francisco de Asís un día, cuál sería el camino más fácil para llegar a la salvación del alma, abrió un devocionario que tenía ya que escuchó una voz que le decía que lo abriera y que leyera ahí. San Francisco abrió y leyó *Passio Domino Jesuchristi*, “Pasión de Nuestro Señor Jesucristo”. Cerró, abrió de nuevo en el mismo lugar. Luego cerró y abrió por tercera vez en el mismo lugar. Convencido el santo estaba, como todos los santos, de que el camino para llegar a la salvación era la cruz de Jesús; de hecho, es uno de los grandes enamorados de la cruz de entre los santos que son todos los grandes enamorados, se lo pinta o representa en esculturas generalmente a San Francisco con una cruz en la mano, justamente por eso.

¿Qué buscamos en esta Tercera Semana? Buscamos **Confirmar lo Conformado**, en la Segunda era **Conformar lo Reformado**. O sea, queremos confirmar la primera y la segunda semana, porque si queremos cumplir con el “Principio y Fundamento” a rajatabla, si queremos llorar nuestros pecados que veíamos la primera semana, si queremos conocer la Misericordia de Dios, todo eso lo encontramos nosotros en la Pasión de Cristo.

En la segunda semana queríamos “*Conocimiento interno del Señor que por nosotros se ha hecho hombre, para más amarlo y seguirlo*”, bueno, no hay conocimiento interno de Cristo sino conozco la Cruz, que es lo más grande que hizo el Señor, que es [aquello] a lo cual dedicó su vida, su vida es un camino hacia el Calvario, por eso esta semana confirma las otras dos, y sobre todo a nosotros nos tiene que ayudar a confirmar los propósitos porque sabemos que el gran obstáculo para cumplir las cosas que nos

proponemos es la cruz, la falta de perseverancia por la cruz, en definitiva, todo se resume ahí: o amo la Cruz o no la amo, o amo a Cristo crucificado o no lo amo de ninguna manera.

Buscamos nosotros aquí “*completar en nuestro cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo*” (Colosenses 1, 24). No porque de hecho vayamos a sufrir algo en concreto cuando meditemos, pero sí en la meditación o en la contemplación es que uno se convence de la necesidad de compartir con Cristo los sufrimientos.

Es imposible meditar bien o contemplar al Señor crucificado y que no le broten ganas a uno de compadecerse, de sufrir. No pensemos martirios o cosas de esas extrañas, sino sufrir con alegría lo que se sufre todos los días, lo que ya tenemos que sufrir por nuestra vida así es, estamos en un *Valle de lágrimas*, pero se lleva de otra manera el sufrimiento porque se le ofrece a Cristo, se le entrega a Él. Notamos con eso que, de algún modo, ayudamos al Señor –misteriosamente- a llevar su cruz, llevando la astillita que nos toca a nosotros.

La tercera semana está en el número 190. Yo solamente voy a tomar algunas cositas y después voy a libremente ir citando los distintos misterios de la Pasión de Cristo y ustedes meditarán lo que mejor les parezca, donde más fruto encuentren ustedes. En el número 193 está la petición que tiene que guiarnos también, importantísima en esta meditación:

[193] 3º preámbulo. El tercero, demandar lo que quiero: será aquí dolor, sentimiento y confusión, porque por mis pecados va el señor a la pasión

Dolor, sentimiento y confusión. Mis pecados.

Estoy yo, en primera persona, metido en esta escena, en esta terrible escena de la Pasión de Cristo. Son mis pecados la causa de la Pasión del Señor, pero son causa de dos maneras distintas: son causa porque son mis pecados los que lo llevan a tener que morir en la cruz; es lo que hace Mel Gibson en la película “*La Pasión de Cristo*” (2004) es cierto, el no aparece sino cuando hay un par de manos que agarran los clavos y crucifican a Cristo, esas manos son de él. Está muy bien eso, teológicamente está perfecto porque

él quiso [decir]: “*Yo fui el que crucifiqué al Señor con mis pecados*”.

Se le apareció una vez Jesucristo al Beato Alano [de Rupe], y le dijo:

- [Jesús:] ¿Por qué me crucificas de nuevo?
- [B. Alano:] ¿Cómo, Señor, te crucifico de nuevo?
- [Jesús:] Sí, me crucificas de nuevo porque tienes la ciencia necesaria para predicar el Rosario de mi Madre y evitar que muchas almas se condenen y no lo haces, y eso me crucifica de nuevo.

Obviamente que con esas palabras el Beato Alano se dedicó a predicar el rosario durante toda su vida, y por eso es precisamente el *Beato Alano*, y no solamente el padre Alano.

Nuestros pecados entonces llevaron a Cristo a la cruz, tenemos que vernos como causa y como involucrados, en ese sentido. Y es algo que hay que meditar, hay que rumiar bien porque se dice así, fácil, pero es muy profundo ¿Me he hecho yo cargo alguna vez de eso, de que Cristo está por mí y por nosotros? “Por nosotros” no significa que no sea por mí. Esto es muy cierto, el Padre Hurtado dice que: “*El que no sabe esto es porque tiene una fe que es desleída*”, o sea que le falta profundidad, le falta instrucción porque de hecho es así, y pone este ejemplo para ayudarnos, dice:

Si yo me confabulo con un par de personas y todos juntos vamos con una lanza y se la clavamos en el corazón del Padre. He podido decir: “*No, éramos varios*”; pero yo la tuve, yo fui. No puedo decir que éramos varios, yo estaba ahí.

Cristo bajaría a decirle a la tierra que moriría en la cruz por un solo pecado nuestro. Nosotros somos causa, no podemos quedarnos al margen, y para que eso no nos abata porque es demasiado fuerte decir que está ahí por mí, es cierto, pero está por mí también, porque me ama, no solamente porque yo soy la causa de que Él tenga que morir sino que lo hace porque me ama, y ahí también cambian mucho las cosas. Él está por amor ahí, no está obligado, está porque me ama, entonces yo soy causa también, [en cierta forma], porque por el amor que me tiene, Jesucristo está crucificado. Por mis pecados

va el Señor a la Pasión.

Nos va a pedir San Ignacio también rezar, esto está en el número 203, al final. Pero lo mismo, como digo, me muevo libremente para después ya empezar a hablar más del misterio en concreto:

[203] 3º preámbulo. El tercero es demandar lo que quiero, lo cual es propio de demandar en la pasión, dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí.

Otra vez, buscar sufrir con Cristo porque sufrió por nosotros.

En el número 196, dice San Ignacio también:

[196] 5º punto. El 5º: considerar cómo la Divinidad se esconde es a saber, cómo podría destruir a sus enemigos, y no lo hace, y cómo dexa padecer la sacratissima humanidad tan crudelísimamente.

“Ir viendo qué es lo que tengo que hacer y padecer por Cristo”, la primera semana decía **qué tengo que hacer por Cristo**, ahora le agrega al hacer, el **padecer por Cristo**. Nada más grande hacemos por el Señor que cuando nos animamos a sufrir algo por Él.

Los santos son unos grandes enamorados de la Pasión del Señor. San Ignacio de Antioquía viajaba hacia Roma encadenado, lo iban a matar en el circo romano, y le escribía a las iglesias de todos los lugares, sobre todo a las de Roma, para que, decía el: *“Me permitan que imite la Pasión de mi Dios”*. [Y agregaba]: *“No me tengan una complacencia errada, déjenme morir por Cristo, quiero ser triturado por los leones”*. Y así fue: *“Por favor, no hagan nada para que no me maten, quiero morir por el Señor”*.

Obviamente que los santos vivieron eso porque los santos han sido quienes más han imitado a Cristo, ya que Él mismo dijo: *“Ardientemente he deseado comer esta pascua con vosotros antes de padecer”* (Lucas 22, 15). Desear comer la Pascua es lo mismo que desear morir, porque ella misma fue el comienzo de la muerte del Señor. De hecho,

para nosotros la misa es la Cena y es la Pasión, juntas; tenía mucho de despedida, al tomar conciencia que en un ratito lo iban a arrestar. Y además también dice Jesús en Lucas 12, 49: *“Fuego he venido a traer sobre la tierra ¿y qué quiero, sino que arda? Con un bautismo tengo que ser bautizado y qué angustiado estoy hasta que se cumpla”*. Ese misterio: el bautismo de Cristo en la Cruz, está angustiado el Señor hasta que no llegue la Pasión. Esas son cosas del amor, verdadero, profundo, que tanto nos supera.

Podemos también tener en cuenta lo que dice San Ignacio en el número 195:

[195] 4º punto. El 4º: *considerar lo que Christo nuestro Señor padesce en la humanidad o quiere padecer, según el paso que se contempla; y aquí comenzar con mucha fuerza y esforzarme a doler, tristar y llorar, y así trabaxando por los otros puntos que se siguen.*

“Considerar lo que Cristo padece o quiere padecer en la humanidad”. Cristo ha querido padecer; y escribe el santo: *“Esforzarme en doler, tristar y llorar”*. Cristo se deja a sus propias fuerzas naturales, ni consolaciones del Padre tiene, y hasta llega a decir Cristo: *“¿Por qué me has abandonado?”*. Y también en el número 197 se lee: *“Considerar cómo la Divinidad se esconde”*. Podía destruir a sus enemigos y no lo hizo, Cristo se dejó matar.

Meditemos el misterio más grande de nuestra fe. *“Tengo aparentemente –escribió San Luis María Grignon de Montfort, poniéndolo en boca de Jesucristo- muchos amigos que aseguran amarme pero en el fondo me aborrecen porque no aman mi Cruz. Tengo muchos amigos de mi mesa pero muy pocos de mi Cruz”*. Amar a Cristo y no amar su Cruz es una contradicción porque si uno ama a alguien, ama lo que ese alguien ama, y Cristo amó su Cruz como a nada.

San Agustín [nos dice]: *“No hay nada tan provechoso al alma como meditar diariamente la Pasión del Señor”*... Nada de tanto provecho para el alma.

San Buenaventura [escribió sobre esto:] *“Oh amable pasión que divinizas al alma que en ti medita”*... Diviniza al alma la Pasión.

“Nada es tan necesario –pensaba San Luis María- tan útil, tan dulce ni tan glorioso

como padecer algo por Cristo. Todo eso lo entendemos meditando la Pasión del Señor.”

San Pablo de la Cruz comentaba: *“Todo está en la Pasión, es allí donde se aprende la ciencia de los santos”*.

También nos ha dicho San Pedro Claver: *“El único libro que hay que leer es la Pasión del Señor”*.

Y así podríamos seguir. Todo santo tiene un amor apasionado por la Cruz de Cristo.

Vamos entonces, así libremente *–porque no hay tiempo para tratar cada misterio individualmente–* vamos a ir recordando algunos misterios de la Pasión de Jesús; como podemos encontrar al final de todos los evangelios.

Comencemos con la Última Cena. Si algún día quieren leer con mucho provecho los capítulos 15, 16, 17 y 18 de San Juan, todo el sermón de la Última Cena, un texto sin mucho orden porque Jesucristo se está despidiendo, son las palabras de despedida de alguien que está por morir y que ama tanto a los suyos, además de lavarle los pies. (...) Con este acto, es como si luego Jesús dijese a sus apóstoles, e incluso a nosotros mismos: *“Yo, el Señor y Maestro, les dice esto: ustedes tienen que hacer lo mismo entre ustedes, y así van a ser felices”*. Está muy claro, nosotros no somos felices, pero tampoco cumplimos lo que Cristo nos dice. Está la receta ahí, en las bienaventuranzas, lo que pasa es que nos cuesta, pero ese es el camino.

Escribe San Juan en su Primera Carta, que así como Cristo dio la vida por nosotros, nosotros tenemos que estar dispuestos a dar la vida unos por los otros, no solamente a lavar los pies, a hacer una tarea de esclavo, sino a dar la vida. Después viene la Última cena, con todo lo que implica eso, el sacerdocio, la eucaristía. Termina la Cena, y luego lo de Judas que se va. Luego todos van camino hacia el Monte de los Olivos por el torrente Cedrón, o sea por la parte baja de la ciudad. Probablemente también ahí había viñedos y quizá por eso el Jesús también les dijo: *“Yo soy la vid y ustedes los sarmientos”*.

Ahora, un detalle que trae el Evangelio es que dice que van cantando himnos. Seguramente que nuestro Señor habrá cantado muchas veces en su vida, pero ni en el Evangelio ni en ningún lugar figura que Cristo haya cantado, solo en este lugar. Por algo será, ciertamente, Dios nos quiere mostrar como Cristo va a la Pasión cantando.

El Padre Hurtado decía: *“Hay que ir a morir, pero ir vestido de saco y corbata”*, es el mismo sentido, enfrentar la Cruz, pero con alegría, llevarla lo mejor posible, como Jesucristo, dentro de lo que podamos, también Él tuvo momentos en su Pasión donde expresó su cansancio: *“Dios mío, por qué me has abandonado”* o *“Si puedes, aparta de mi este cáliz”*.

Llegan al Huerto de los Olivos, ya saben, se queda un grupito un poco más alejado, después Jesús se va con Santiago, Pedro y Juan, y se aleja a un tiro de piedra, y se pone a sufrir dolores de muerte. La agonía viene de *agón* (ἀγών) que en griego [significa] ‘lucha’. Es una lucha, un combate por no morir: *“Triste está mi alma hasta la muerte”*, dice el Señor. Es decir, *tan triste estoy que [esta tristeza] podría llevarme a morir*.

¿Y por qué sufre Jesús acá? Sufre por la inminencia de su pasión, sí. Dicen que los soldados sufren mucho más en los minutos anteriores a que comience el combate que durante el mismo combate, porque ya allí los niveles de adrenalina se elevan, así que Cristo sufrió mucho acá por eso, y sufrirá otros dolores: el hecho de que lo van a dejar solo, y todo lo que quieran, pero el dolor más grande que sufre Jesús, por lejos, son nuestros pecados. Cristo tiene una pasión que no la vemos, un sufrimiento que no se ve a los ojos, por más que un Mel Gibson hizo esa obra de arte que es la película de la *Pasión de Cristo* –que yo creo que va a ser insuperable en su género; doce años estuvo Gibson meditando–, sin embargo, no puede mostrar el alma de Cristo, no se puede, y su alma sufría atrocidades porque Él está cargando con todos nuestros pecados, con todos. Imagínense si ha habido en la historia de la Iglesia personas que por arrepentimiento han muerto de dolor. Lo que debe haber sido en el alma de Cristo tener encima todos los pecados de todos los hombres del mundo, empezando del primero hasta el último, todos, tal como si Él los hubiera cometido; sus manos como si fuera un asesino. Imagínense una cosa así, es muy difícil.

San Pablo dijo *“Dios lo hizo pecado”*. Dios lo hizo pecado, es fortísima esa frase. También ha escrito: *“Dios lo hizo maldito porque ‘maldito el que cuelga del madero’ ”*. Ese es el gran sufrimiento de Jesús, la agonía, que le llevan a decir esas palabras que nos tienen también que consolar: *“Padre, si puedes, aparta de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya”*. Así hay que rezar en los momentos de prueba, sí, pedirle a Dios: *“Por favor, sácame de esto. No lo soporto más, pero que se haga siempre tu voluntad, porque siempre eso es lo mejor”*. Tres veces rezó el Señor, cada vez con más intensidad. Y al volver, encuentra a los apóstoles durmiendo. El mundo estaba despierto ahí, había personas que habían estado pecando a esa hora, y los apóstoles dormidos. Así nos pasa a nosotros a veces. Los que están de la bandera de Lucifer, simplemente están en pecado, con eso alcanza, ellos pecan y con sus actos ellos hacen pecar a otros; están despiertos y nosotros dormimos.

Como dice Monseñor Fulton Sheen, quien durante sesenta años de su vida hizo todos los días una hora de adoración al Santísimo, *“Una sola cosa pidió Cristo en el Evangelio y fue compañía aquí, en el huerto, y no se la dieron”*, y continúa: *“animémonos nosotros a acompañar a Cristo Eucaristía con nuestra oración”*.

Los apóstoles duermen, Cristo los reprocha y les dice: *“Velad y orad porque el espíritu está pronto y la carne es débil”*. Velad y orad. Ellos siguen durmiendo, y al final, irónicamente Jesús les dice: *“Bueno, ya está. No hay problema”* –más o menos así es la frase- y al momento siguiente llegan a arrestarlo. Realmente es algo muy humillante, nosotros lo tenemos como algo que conocemos, la Pasión de Cristo, pero pongámonos en su lugar; la humillación que fue para Cristo. Por eso dice: *“¿Me venís a arrestar como a un ladrón, con la espada y palos?”*. Imagínense que venga la policía ahora y les diga: *“Padre, vamos, a la comisaría”*. Es algo que no es muy simpático, ¿qué van a pensar todos ustedes?

Una vez Monseñor Fulton Sheen, un gran predicador, fue a predicar a una cárcel, y comenzó así: *“Hay una gran diferencia entre ustedes y yo, y es que a ustedes los agarraron y a mí no”*. Entonces se puso a hablar de que todos somos pecadores.

Hermoso, ¿cómo no?

Sin duda es algo que es una cosa que nosotros tenemos que tratar de ponernos ahí, en escena, y ver todas las humillaciones que sufrió Jesús, también la cobardía de los apóstoles, porque nosotros somos cobardes también y hay que ver, aprender de esos errores para no hacer lo mismo. Además de su cobardía cómo hacen cosas que no tienen que hacer; ya vamos a ver el ejemplo de Pedro, el más acabado en esto.

Y entonces dice Cristo: “¿A quién buscáis?” – “A Jesús”. Dio un paso al frente y dijo: “Yo soy”. Él no quería perder a ninguno, Él se hizo cargo de la situación porque sabe que tiene que morir Él. “Déjenlos a los otros”, y cuando dice ‘Yo soy’, el Señor está tratando de mostrar con eso que él da la vida, la entrega, nadie se la quita. Hasta el último momento Él dice: “Yo soy”, dice el nombre de Yahveh y todos caen. Otra vez preguntan y Él les dice: “Acá estoy”. Ahí Pedro corta la oreja a Malco, Judas que lo traiciona y le besa, Jesús que hasta el último momento trata de salvarlo. Cristo conoció todos los sufrimientos: los amigos que lo dejaron, que lo traicionaron, la gente a la que le hizo milagros después pidieron que lo crucificaran, sufrimiento físico, sufrimientos morales. Nadie ha sufrido ni sufrirá tanto nunca como el Señor, es imposible. Bueno, lo llevan por la ciudad atado, a los golpes.

Una vez me contaba una persona que lo pararon en el auto, en una ciudad grande, para pedirle el registro, el cual estaba bien pero le pidieron los papeles del auto y estaban atrasadísimos y no lo sabía, la policía se lo tenía que llevar a la comisaría, ¡tan atrasados estaban los papeles! Y él dijo: “Bueno, yo voy, pero en ese auto no me lleve”. Era una persona con una condición económica muy buena, y bueno, lo aceptaron. Le fueron buscaron un auto civil, y se lo llevaron: “Yo no voy a ir en un auto como si fuera un preso”. ¡Ven que humillante que es! Bueno ¿y Cristo? Así apareció, por toda la ciudad caminando, y que ya lo sabemos pero a veces no consideramos esas cosas, son más sufrimientos. Y después comparamos con los nuestros, una humillación tan chiquita que nos hace tanto daño y Jesús sufrió todas las humillaciones juntas.

Bueno, con Lázaro es el primer juicio que era todo ahí, ¡toda una pantomima! eso era todo. Los hermanos Augustin y Joseph Lemann [s. XIX] han escrito un libro [“La

asamblea que condenó a Jesucristo”] donde se muestra la atrocidad jurídica que es el juicio a Jesús, todas las cosas que faltaron, todos los errores. ¡Cuántos errores jurídicos! Y por uno solo, hubiera resultado todo inválido. ¡Todas las injusticias que le hicieron a Cristo! Tanto en el juicio religioso como en el juicio civil, ambos.

El Señor empieza con ese diálogo en el que le preguntan por sus discípulos, luego responde: *“Ha habido gente escuchando, ¿Por qué no le preguntan a ellos?”* Lo que pasa es que era tan alevoso el teatro que estaban armando, tan traidor. Había ahí, muy probablemente, fariseos o servidores del Sumo Sacerdote que Jesús había visto, porque dice el Evangelio que los mandaban a escuchar lo que Cristo decía para agarrarlo en algo, entonces: *“¿Están preguntando qué dije o que no dije? Pregúntales a ellos”*. Y le pegan al Señor una bofetada, y Él, que había dicho que si te pegan en la mejilla derecha, hay que poner la izquierda, no puso la izquierda, le contestó: *“Si he hablado mal, ¿en qué? Y si no, ¿por qué me pegas?”*. Dice un autor: *“¿Por qué no puso la otra mejilla?”*, porque Cristo puso más que la otra mejilla, puso todo su cuerpo, enterito, destrozado le quedó. Y en ese momento era mucho más virtuoso reaccionar así, reaccionar con una frase tan calma, tan suave, es decir: *“¿Por qué me pegaste así?”* –¿Quién le puede responder así?- Eso era menos provocativo, si se quiere, más virtuoso que poner la otra mejilla.

Bueno, preguntas y testigos falsos, era todo. La Beata Anna Catalina Emmerick que tiene ese libro póstumo sobre la Pasión [*“La Dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo”* (1852)] dice que se le estaba yendo el juicio de las manos a Caifás, ¿por qué? Ante tanta mansedumbre de Cristo, ante tanta majestad del Señor, los que no estaban tan encarnizados con Él, y además dándose cuenta de que los testimonios eran tan evidentemente errados, ya se estaban convirtiendo, algunos de hecho ya se habían convertido, y Caifás se daba cuenta de eso. Entonces en un momento cortó todo y dijo: *“Te conjuro por el Dios vivo a que me digas si tú eres el Mesías”*. Jesús, ante la autoridad que le pregunta, por supuesto contesta, respuesta que lo lleva a la muerte. A Cristo por decir la verdad, lo mataron. Podía haber dicho “No”, obviamente, respondió ante la autoridad y dijo la verdad. Caifás se rasga las vestiduras –la hipocresía máxima- y al hacer eso, dice: *“No hacen falta testigos porque ha blasfemado, se ha llamado a sí mismo*

“Dios”, y le conjura, y ahí decreta la condena: *“Es reo de muerte”* y ahí empiezan a pegarle como habrán visto en la película o como lo han leído en el Evangelio, le pegan, le maltratan.

Y vamos un segundito a Pedro que está ahí en el momento, hasta llegar a negarlo tres veces. Esto nos tiene que ayudar mucho porque Pedro negándolo, obviamente, cae en pecado grave, ofende gravemente el corazón de Jesús, imagínense. Y no se cae en una cosa grave sino se precede antes, por lo general, por cosas o faltas leves. Así que Pedro comete varios errores que nos pueden ayudar, porque pueden ser también los nuestros, en cualquier momento, si no [es] que lo han sido ya. En la Última cena, Jesús dice a sus apóstoles: *“Uno de ustedes me va a entregar”*. Todos van preguntándose: *“¿Yo, Señor”, “¿Seré yo, Señor?”, “¿Acaso seré yo, Señor?”*. El único que dice *“¿Seré yo, Maestro?”* es Judas, porque no tiene fe. Pero en otro momento de la cena, Pedro actúa humildemente y dice: *“¿Seré yo, Señor?”*. Monseñor Fulton Sheen dice: *“¿Cómo pueden dudar ‘¿Seré yo, Señor?’, si ya sabían que cada uno de ellos no iba a ser quien lo iba a entregar. Pero frente a la debilidad misma, ante Cristo; bueno, es que me interpela lo que me está diciendo, quizá soy yo. Bueno, todos fueron humildes allí. Pero en otro momento el Jesucristo dice: “Uno de ustedes me entregará”, San Pedro le responde: “Yo no te entregaré; aunque tenga que morir por ti”, y Jesús le dice: “Esta noche, antes de que cante el gallo, voz me habrás negado tres veces”. Y Pedro le refutó: “¡Yo no lo voy a hacer! ¡Moriría por ti!”*, o sea, dos veces se encarniza con eso ante las palabras de Cristo. ¿Y dónde está el error de Pedro ahí? Su error es la falta de humildad, que en momentos antes la había tenido –cuando le preguntó: *“¿Seré yo, Señor?”*– ahora ya se le había pasado. ¿Y por qué es falta de humildad? Porque si Cristo mismo le está [revelando su traición], al menos tiene que decirle: *“¡Ayúdame Señor que no lo haga!”*. ¿Y después por qué se ve la falta de humildad y la confianza desmedida en sí mismo? Porque momentos después en el Huerto de los Olivos, Pedro se duerme. Si viene una cosa tan difícil y yo sé que voy a ser probado, tengo que estar despierto rezando si es que confío en Dios y no en mí. Entonces, Pedro muestra así que estaba confiando en sus fuerzas y no en las de Dios.

Pasa un momento después y Pedro obra precipitadamente cortándole la oreja a Malco,

y Jesucristo lo reprende: *“Mete la espada en la vaina que el que a hierro mata a hierro muere”*, *“No sabes que puedo pedir al Padre que me ayude y me va a mandar doce mil ángeles”*, no tenía Pedro que hacer eso ahí. Pero está muy claro que Pedro había dejado de rezar, y cuando uno no reza, obra mal. ¿Te acuerdas que decíamos: *No siempre obrar es lo mejor?* Bueno, un pasito más dio Pedro.

Después dice el Evangelio que Pedro sigue a Cristo de lejos, para ver lo que va a pasar. Ahí está, otra cosita más: no sigue a Dios de cerca. Luego Jesús está en un lugar del patio con frío y Pedro está en otro lugar calentándose al fuego, lo cual es signo de haber dejado la mortificación, y después de eso Pedro lo niega tres veces. Entonces son varios pasos fallidos con los que Pedro falta a Jesús: sobre-confía en sí mismo, abandona la oración, obra precipitadamente, sigue a Cristo de lejos, deja la mortificación y cae en pecado grave. No hace falta que sean exactamente esos pasos, pero siempre que se cae en pecado grave, antes hay otras cosas que están fallando, hay otras cosas donde se va claudicando.

Volvemos a Cristo condenado a muerte. Esa noche, no me acuerdo que santo decía: *“en el día del Juicio Final vamos a saber lo que Jesús sufrió esa noche”*, nosotros no tenemos ni idea de aquello por lo que Él pasó ahí. Toda esa noche Jesucristo golpeado, ensangrentado, sin comer; toda esa noche, lo que habrá sido ese momento para el Señor. El otro día a la mañana, arman otra vez un show porque tenían que hacer el juicio al alba, entonces hicieron otro juicio rápido, todo de mentira, de nuevo, y le siguen llevando a Pilato, quien conocía perfectamente la ley –porque los romanos son un ejemplo en eso, el derecho romano junto con el germano- entonces sabía que estaban haciendo las cosas mal, el Evangelio dice clarito que él sabía que lo estaban entregando por envidia, sabía que tenía que aplicar la ley y cómo la tenía que aplicar, y sin embargo Pilato no lo hizo. Es un ejemplo acabado de voluntad de segundo binario ¿por qué? Porque tampoco Pilato dice: *“Bueno, ya está, lo condeno a muerte”*, no, el trata de salvarlo, tratar de hacer lo debido pero finalmente no hace lo que tiene que hacer.

Entonces, primero lo tenemos en un diálogo con Cristo donde le pregunta si es rey, ahí Jesús dice: *“Yo soy rey, para eso he nacido, para dar testimonio de la verdad”* – *“¿Qué*

es la verdad?”, preguntó Pilato de manera, digamos agnóstica, como diciendo: “¿Qué es la verdad? ¿Quién me va a decir a mí que es la verdad?” No creía el, obviamente era pagano. Busca después Pilato por medio de Barrabás, a quien el pueblo elige. Es interesante recordar que el actor que interpreta a Barrabás en la película *La Pasión* [Pietro Sarubbi], quería ser Pedro porque le iban a pagar más por eso. Le tocó Barrabás y aceptó, y dice que en la película, cuando baja las escaleras y lo mira Cristo, esa misma mirada lo convirtió y escribió un libro sobre eso, se llama “*La mirada del Señor*” [“*Da Barrabba a Gesù. Convertito da uno sguardo*” (2013)], tiene muchas cosas esa película, muy espirituales.

A Jesús Pilato lo lleva a Herodes, quien se burla de Jesús. Jesucristo muchas veces durante la Pasión, calla; también eso es un ejemplo para nosotros: “*lesus autem tacebat*” en latín “Jesús, sin embargo, callaba”. El respondió todas las veces que tenía que responder mientras la autoridad le preguntaba, pero después las veces que se podía callar, es decir, las veces en las cuales era tentado o provocado, se calló, y eso es heroico porque ciertamente, ¿Cuántos motivos tenía el Señor para hablar? ¿Cuántas cosas podía decir? ¿Cuánto nos enseña eso a nosotros sobre usar bien la lengua –que tanto nos cuesta? Santiago en su carta, capítulo 3, nos dice: “*Quien domina su lengua, domina todo su cuerpo*”. Jesús callaba.

Entonces va con Herodes, quien era el ejemplo de lo mundano más mundano, no tenía autoridad sobre Él –la autoridad la tenía Pilato- tampoco es que hace un juicio ni nada ahí, [sino que] se burla de Él, le pide un milagrito como si fuera cualquier cosa. Y Nuestro Señor Jesucristo no respondió nada. Lo mandan a flagelar, y esta no fue como a veces solía ser, en la cual se flagelaba y luego se crucificaba; en el caso de Jesús, la flagelación buscaba que no lo crucificaran ya que Pilato buscaba mostrar que lo hacía sufrir sin matarlo, simplemente como una forma de aplacar; en lugar de hacer lo que tenía que hacer, hizo algo “bueno”: lo mandó a flagelar para evitar la muerte, para evitar la crucifixión.

La *Sábana Santa*, de la cual tenemos aquí una réplica, es llamada el “*Quinto Evangelio*”. Hay tantos detalles de la Pasión de Cristo, hay tantos, tantos, que es impresionante leer

algo sobre ello, un par de textos para que vean que es un milagro viviente esa *Sábana Santa*, no se puede explicar, hay un montón de cosas sin explicación, por ejemplo, cómo está grabado Su cuerpo ahí, no se puede explicar, humanamente hablando, parecido a como tampoco se puede explicar la tilma de la Virgen de Guadalupe entregada a San Juan Diego. Incluso, está grabado el cuerpo del Señor en relieve, o sea, tiene profundidad la superficie de la sábana, e incluso quedó grabado cuerpo de Jesús estando en el aire, porque una cosa es un cuerpo que está apoyado en una sábana y otra un cuerpo que está en el aire; hay partes que debían estar mucho más aplastadas y no lo están, porque fue en el momento de la Resurrección, fue en ese momento que quedó grabado el cuerpo del Señor.

Hablando de la flagelación dice un estudioso de la *Sábana Santa*:

Los ejecutores del castigo eran expertos, con un conocimiento, crueldad y maestría absolutos. Sabía bien lo que hacían. Consumando el hecho casi milimétricamente a lo largo de todo el cuerpo, todo el cuerpo: región glútea, piernas, pecho, vientre, sin dejar apenas espacio entre golpe y golpe, sobre todo en la espalda, sólo se evitó un sitio, la zona del pecho que cae sobre el corazón. Obviamente querían evitar la muerte del condenado.

Todo el cuerpo, todo, también la intimidad del Señor recibió flagelación, como pagando los pecados de impureza de toda la humanidad.

Sigue el texto:

Como comentamos antes se aprecian las claras marcas del instrumento típico utilizado por los romanos para flagelar un reo, el *flagrum taxilatum* o *flagelum taxilatum* de tres ramales. Este tipo de flagelador es muy especial y el más contundente de todos, era tremendamente lacerante. Además de realizar su trabajo, abrir las carnes, como en cada una de las puntas de las cintas tenían los mencionados bolos metálicos, unidos por un alambre, de unos 12 milímetros con unos pinchitos, en cada latigazo pinchaba y rasgaba la piel, haciendo una

carnicería y dejando el cuerpo del reo hecho una llaga en carne viva.

Pues bien, se han contado más de 600 contusiones y cicatrices pertenecientes a 120 azotes, pero sospechamos que fueron “algunos más”. Tenemos que tener en cuenta que los brazos de la síndone están quemados a causa del incendio de Chambéry de 1532, que los lados del cuerpo no aparecen marcados en ella, que los antebrazos y manos cubren parte del vientre y la pelvis, y que el cabello cubre parte de la espalda superior central. Cuesta poco imaginar que fueron bastantes azotes más.

Como vemos, el ensañamiento fue de una crueldad extrema, al estilo puramente romano, sin límites, los judíos nunca daban más de 29 azotes. Amén de una lanzada entre el quinto y sexto espacio intercostal derecho, con penetración del pulmón y corazón de donde salió sangre y líquido ceroso, la lanza rompió el pericardio. La herida del costado tiene forma elíptica, siendo del mismo diámetro que la conocida lanza romana 4,4 x 1,4 cm.

Si han visto la película de *La Pasión*, se dan cuenta que no es una exageración, incluso, no se puede expresar lo que Jesús pasó ahí, aún con todo lo que trataron de hacer; siete horas estuvieron maquillando a Jim Caviezel para esos momentos de la pasión, ¡siete horas!. Aún con todo ese tiempo maquillándolo no pueden expresar todo (...) Aún, a la vista de lo que mejor puede expresar una película, también falta a la Pasión de Cristo, fue una cosa terrible.

Pensemos en la Virgen, también. Uno en la contemplación puede ir a los ojos de María, de lo que habría sufrido ella con cada azote a su Hijo. Es difícil, creo que no llegamos a entender del todo su dolor. Si por ella hubiera sido, se hubiese tirado en lugar de Cristo, hubiera preferido ser azotada ella, y sin embargo, Dios quiso que ella estuviese ahí, sufriendo, martirizándose.

Lo traen a Cristo, destrozado, antes le ponen la *Corona de Espinas*. Se juntan todos los soldados, y sobre los dolores para Jesucristo inventaron uno más, la *Corona de Espinas*.

Como un casco, se lo ponen y se burlan, lo visten como si fuera un rey. Se arrodillan como ante un monarca, le pegan con la caña en la cabeza, todo lo que ya conocemos. Y así como estaba lo llevan a Pilato, y este lo presenta ante el pueblo, diciendo: “*Ecce homo*” –“*He aquí el hombre*”. Lo que Pilato quiso decir era algo como: “*Miren como está el hombre al que ustedes le tenían miedo de que iba a ser rey, y no sé qué. Miren, miren como está*”. Y lo que está diciendo es algo mucho más profundo ¿No? “*He aquí al hombre, así ha dejado el hombre [el ser humano] al Hombre [Dios]*”, son nuestros pecados los que han dejado al Hombre así. El pecado es lo peor que podemos hacer, y es lo que constituye la causa de que Cristo haya estado así. Así queda el hombre con el pecado porque este Hombre está llevando en sí y pagando los pecados de toda la humanidad. Y ante esa frase de aquel hombre, el pueblo grita: “*¡Crucificalo! ¡Crucificalo! ¡Crucificalo!*”. Lo que habrá sufrido Jesucristo con eso.

¿Cuántos habrían estado allí a quienes él había curado y que fueron inválidos, en camillas? Y están ahí, sanitos, porque El los curó y gritaban “*Crucificalo, crucificalo*”, instigados por los sumos sacerdotes, los fariseos, pero están gritando, de hecho, quizá [porque] les habrán dado alguna moneda. Y Pilato entonces, lo último que hace cuando le hablan de que se había hecho amigo del César y que si no lo condena, él no [iba a] ser más amigo del César, tocaron un punto álgido que es el hecho de su puesto [político y gubernamental, y así se lavó las manos y listo, para hacer algún gesto ya que tenía la responsabilidad, y al pobre Poncio Pilatos lo nombramos en todos los credos de todo el mundo, “*Bajo Poncio Pilatos fue crucificado*” el Señor; su vida fue después terrible, según cuenta la tradición.

Y dejan que lo crucifiquen, ni siquiera sentencian, sino más o menos: “*Tómenlo, y hagan con él lo que quieran*”. Le dan la cruz a Jesús, comienza el *Via Crucis*, ya lo conocen, que es el camino al Calvario –y también, el provecho de orar y contemplarlo todo el año, sobre todo en Cuaresma. San Juan Pablo II hacía el *Vía Crucis* todos los viernes, absolutamente todos los viernes. El Cardenal Solano que lo acompañó tanto, decía que estaba admirado de la fuerza de voluntad del Papa en muchas cosas, sobre todo en esto. No faltó un viernes, y a veces iban después de jornadas larguísimas y todo, iba a la capilla en el lugar donde estaban parando, donde había una luz prendida, y al ir a apagarla, [allí]

estaba el Papa rezando el Vía Crucis. Y en otro día, lleno de cosas, el último viajecito en el avión, el Papa con el Vía Crucis; todos los viernes con un librito, y murió un sábado, como se acordarán, 2005, el viernes anterior le hicieron el Vía Crucis. Hasta el último momento, hasta el último viernes.

Después el camino de la Pasión, donde podríamos decir muchas cosas de todo lo que Cristo sufrió ahí llevando la cruz, de todo lo que fue el Cirineo, la Verónica. Bueno, pero no podemos extendernos tanto, si se acuerdan, vayan reconstruyendo la historia. Llega a la crucifixión, le traspasan los pies y las manos, o sea, el dolor también es incalculable. Y queda colgado ahí unas tres horas. Un espectáculo único, nunca jamás visto. Leo otro parrafito del estudio de la Sábana Santa, hablando ya sobre la parte de la crucifixión:

Los antebrazos del hombre están agujereados por un objeto punzante que atraviesa, según algunos estudiosos, las muñecas a nivel del llamado “*espacio de Destot*”; según otros, la herida atraviesa entre el radio y los huesos pequeños de la muñeca, estando en una zona más próxima a la planta de la mano. Lo cierto es que este clavo dañó el nervio mediano, lo que le produjo la tensa flexión del dedo pulgar hacia la palma de la mano. Apuntar que lo más habitual, normalmente, era atar a los reos con sogas, pero a Cristo no lo ataron con sogas, y eso también se puede ver no solamente por la Sábana Santa sino por los diálogos que hay entre Cristo y los dos ladrones, Cristo dice frases cortas –*y ya vamos a ver por qué, porque no podía respirar*. El buen ladrón y el mal ladrón dicen frases largas –*ellos estaban atados, ellos estaban atados, ellos podían hablar mejor*. Contradiendo todas las iconografías religiosas que conocemos, las palmas de las manos están intactas.

El hombre presenta múltiples golpes, y contusiones, la nariz rota, el cartílago de la nariz aparece roto y desviado a la derecha debido seguramente a una caída, pues se han encontrado restos microscópicos de tierra. Pómulo hundido con una destacadísima inflamación. En el resto de la cara encontramos diversas escoriaciones, especialmente en la mejilla derecha y en la región frontal, y un sinnúmero de destrozos más producidos no sólo por los latigazos sino por las palizas y el

maltrato recibido con anterioridad a la crucifixión. Aparecen marcas de patadas, puñetazos, gran cantidad de crueles y contundentes golpes, propinados con palos, sobre todo el que produce el hundimiento del pómulo derecho, fue realizado de un golpe seco y contundente por una persona zurda.

Marcos 14, 65: *“Algunos le daban bofetadas, y los criados lo recibieron a golpes”*.

Marcos 15, 19: *“Los soldados le golpeaban en la cabeza con una caña”*.

Sigue el texto:

Un detalle más, el sufrimiento padecido por el crucificado, un cuerpo de 70 kilogramos, al quedar colgado de los brazos, la tensión que aguanta que tira de cada brazo es superior a los 90 kilogramos, es fácil de comprobar haciendo un simple problema de triangulación matemático. Eso quiere decir que para poder tomar aire tenía que hacer un sobreesfuerzo de elevación, agarrándose, retorciéndose y girando las manos sobre los clavos. Este movimiento le destrozaba el nervio mediano, produciéndole un dolor de paroxismo. Y por si fuera poco, para ayudarse, tenía que ponerse de puntillas sobre los pies como una bailarina. Recordemos que los pies también estaban clavados uno sobre el otro.

En fin, al estar colgado el tórax está en todo momento expirando –o sea, soltando el aire- y por la postura no puede inspirar –tomar aire. Como hemos visto, para poder hacerlo tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano con el martirio, cansancio y dolor que eso suponía. Cada vez que se agarraba los clavos para poder tomar el aire, ese movimiento y fuerza que hacía le suponían unos tremendos calambres en las muñecas, como si recibiera una descarga eléctrica, con lo cual volvía a caer y asfixiarse. La fatiga muscular llega y en ese momento el sujeto se desmorona y se asfixia. Máxime si tenemos en cuenta el maltrato que ya traía de antes.

Definitivamente su existencia sería muy corta. No llegó a las tres horas, fueron dos horas, cuarenta minutos.

San Alfonso dejó escrito *“Sufrió tantas muertes cuantos instantes estuvo clavado”*.

Tenemos entonces que tratar de imaginarnos al Señor con toda la crudeza que esto tiene. El crucifijo que tenemos en la iglesia, allá arriba, está bastante bien expresado [tomando en cuenta] todo lo que acabamos de decir. Además, imaginemos un cuerpo así como estaba el de él, destrozado, habrá habido moscas. Era una cosa, humanamente hablando, muy desagradable. Ojo, estamos hablando del Hijo de Dios, el más bello de los hombres, no hay duda, pero nosotros lo hemos dejado así y El no deja de ser todo lo que es, pero además lo dice la Escritura, Salmo 22, 7: *“Yo en cambio soy gusano, no hombre. Soy afrenta del vulgo, asco del pueblo”*. Uno tendría que imaginarse –y lo digo con todo respeto a Nuestro Señor, simplemente porque me parece que es lo que está escrito- no más hay que mirarlo a Jesús en la cruz, daba asco, está en la Escritura. Entonces, no nos puede dar asco ninguna otra cosa después, ¿Entienden? Si Jesucristo se puso así fue por nuestros pecados, no hay nada que nos pueda repeler porque Cristo estuvo peor por mi culpa y por amor a mí. Animémonos a mirar esa crueldad, porque ella me habla mucho de lo que hice y de lo que Dios me ama.

San Juan Pablo II dijo *“Antes de la cruz del Señor, el hombre podía de que Dios lo amaba o no. Después de la cruz de Cristo, ya no”*. No se puede dudar del amor de Dios viéndolo a sí mismo hecho hombre, hecho una llaga por cada uno de nosotros.

Las últimas palabras de Jesús en la cruz –cada palabra, cada frase son para meditarlas porque son palabras de Dios, del Señor, y además en la cruz- fueron, antes de decir “En tus manos encomiendo mi espíritu”: *“Todo está cumplido”*. Decíamos cuando meditábamos la Encarnación, que Cristo al entrar al mundo dijo: *“He aquí que vengo yo a hacer Tu voluntad”*. Durante su vida no hizo más que hacer la voluntad del Padre, incluso lo dice El mismo: *“Es mi alimento hacer la voluntad del Padre”*, hasta ese punto. Y termina diciendo: *“Todo está cumplido”*. Nosotros tenemos que hacer lo mismo, queremos en los ejercicios descubrir la voluntad de Dios para poder imitar a Cristo en eso, esa es la tarea de cada uno, esa es la santidad nuestra, y buscar en la Pasión del Señor el refugio para nuestras tentaciones, el refugio para las cruces que tenemos que

llevar. “Y no sea pesado a vos –ha escrito San Juan de Ávila- *el pensar lo que a Él con vuestro gran amor no le fue pesado pasar*”. Que no me cueste a mí meditar lo que de hecho Cristo tuvo que vivir por mí, hacer un esfuerzo porque puede costar un poco meditar la Pasión de Cristo. Medito algo que Él vivió por mí.

Termino con unas líneas de Gabriela Mistral, un poema –una terciaria franciscana chilena- que lleva por título “*Es a Cristo del Calvario*”:

*En esta tarde, Cristo del Calvario,
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero, al verte, mis ojos van y vienen
de mi cuerpo a tu cuerpo con vergüenza.*

*¿Cómo quejarme de mis pies cansados,
cuando veo los tuyos destrozados?
¿Cómo mostrarte mis manos vacías,
cuando las tuyas están llenas de heridas?*

*¿Cómo explicarte a ti mi soledad,
cuando en la cruz alzado y solo estás?
¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando tienes rasgado el corazón?*

*Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mí todas mis dolencias.
El ímpetu del ruego que traía
se me ahoga en la boca pedigüeña.*

*Y solo pido no pedirte nada.
Estar aquí junto a tu imagen muerta
e ir aprendiendo que el dolor es solo
la llave santa de tu santa puerta.*

Pidámosle a la que sufrió la Pasión del Señor junto con Él, a la Santísima Virgen María, Nuestra Madre, que nos dé la gracia de entender un poquito más lo que Jesucristo sufrió por nosotros, de poder darnos cuenta que el secreto de la santidad, de la perseverancia, de todo lo que tenemos que hacer en nuestra vida está en Cristo crucificado. Como decía San Pablo: “Yo no quiero saber otra cosa que Cristo y Cristo crucificado”. Que Nuestra Señora de los Dolores nos alcance esa gracia.

Ave María Purísima, sin pecado concebida.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

[53] Coloquio. Imaginando a **Christo** nuestro Señor delante y **puesto en cruz**, hacer un coloquio; cómo de **Criador** es venido a hacerse **hombre**, y de **vida** eterna a **muerte** temporal, y así a morir **por mis pecados**. Otro tanto, mirando a mí mismo, lo **que he hecho por Christo**, lo que hago por Christo, lo que debo hacer por Christo; y así viéndole tal, y así colgado en la cruz, **discurrir por lo que se offresciere**.

[54] El coloquio se hace propiamente hablando, así como un amigo habla a otro, o un siervo a su Señor; cuándo **pidiendo alguna gracia**, cuándo **culpándose** por algún mal hecho, cuándo **comunicando sus cosas**, y **queriendo consejo** en ellas; y decir un Pater noster.

Prestar atención esto: San Ignacio plantea este coloquio como un diálogo en dos partes, primero hay que preguntarle a Cristo puesto en Cruz ¿cómo de Creador decidiste hacerte hombre? ¿Cómo decidiste someterte a la muerte? ¿cómo decidiste morir por mis pecados?

La respuesta no la escribe San Ignacio, la deja al ejercitante... que imagine a Cristo en Cruz y nos responde “porque te he amado más”.

La segunda parte es preguntándose a si mismo lo que he hecho, hago y debo hacer por Cristo... responder concretamente. No hay texto, que el corazón hable generosamente. Aquí se ven las disposiciones reales.

En los coloquios hablar y pedir según la subyecta materia [199] es decir según la materia que ha de tratarse con Dios, que no es precisamente la del tema del ejercicio, sino el estado y necesidades del alma...

Algunas preguntas que nos pueden ayudar al examen de la meditación

¿me he sentido merecedor del infierno eterno?

¿Qué penitencia he hecho de mis pecados pasados, no sólo interna doliéndome de ellos sino también externa para castigar los pecados cometidos y satisfaciendo por ellos?

- ¿Qué amor y agradecimiento siento por Cristo ofendido por mis pecados?
- ¿Qué agradecimiento siento por la bondad y predilección de Dios para conmigo?
- ¿Qué deseo tengo de hacer grandes cosas por Él?
- ¿Me parece mucho el propósito de no ofenderle más a sabiendas, evitar todo pecado mortal y venial y toda falta deliberada?